

Impresiones de viaje en México. Santa Anita—Iztacalco*

Luego que llegué a México, me informé de los paseos y de las diversiones públicas. Se me indicaron varias, pero ciertamente pocos consejos se necesitan para el viajero que llega al hermosísimo y fértil valle de México. Subir a la torre de catedral, es un paseo; vagar por la amplia y espaciosa plaza y las calles de Plateros y San Francisco, es un paseo; asomarse al balcón cuando se vive en un punto céntrico de la ciudad, es también un paseo. Los grupos de árboles que se ven por todas partes, las altas montañas que por donde quiera cierran el horizonte, las calzadas espaciosas con sus líneas de sauces y de fresnos, el cielo de un azul tan puro y la alegría indefinible que se experimenta, sin saberse asertivamente la causa, hacen de México una de las ciudades más bellas de la Tierra.

Entre los paseos públicos, el llamado de La Viga merece mencionarse. Figúrese el lector una ancha calzada, bordeada por ambos lados de una doble hilera de árboles verdes y frondosos. A la derecha se extienden unas fértiles llanuras, terminadas con las primorosas vistas de las lomas y en último término aparecen las montañas, dibujándose con una infinita elegancia en el horizonte de gualda y nácar. A la izquierda se halla un canal de aguas tranquilas y transparentes, y en la orilla del canal una serie de edificios con sus miradores, sus

* Manuel Payno, *El Bibliotecario*, "Impresiones de viaje en México. Santa Anita-Iztacalco", *Revista Científica y Literaria de México*, t. II (1845): 20-22.

ventanas y sus parques con árboles y flores. Mucho se extraña en verdad la cultura y el esmero, pues muchas de estas casas, abandonadas por sus dueños la mayor parte del año, están arruinadas, pero hasta esta circunstancia contribuye a dar un aire más romancesco a estos sitios. La pequeña casa arruinada de adobe ceniciento, a cuyo pie crecen las amapolas y los claveles; las vacas, que hundidas hasta el pecho en el canal, pacen la grama y los berros; los ánsares y patos, que nadan y se zambullen en el cristal de las aguas, y el grupo sombrío de árboles que mecen sus frondosas copas a impulso del fresco viento de la tarde; todo, en fin, encanta la vista, deleita el alma del que por primera vez contempla estas escenas, iluminadas con un sol esplendoroso y magnífico, que tiñe las nubes de bellísimos colores y recama el azul de los cielos con vellones de oro y púrpura.

Había visto este paisaje en un día de la semana, pero hoy, que es día festivo, vino mi amigo M... en su magnífico coche inglés, y he gozado de otra perspectiva demasiado interesante. Es imposible describir el lujo y la animación de este paseo. Innumerables carruajes tirados o por altos friones o magníficas mulas, andan sin cesar formando hileras de uno y otro lado de la calzada. En el centro pasean los de a caballo, ostentando sus monturas llenas de adornos de plata, y sus fogosos y soberbios caballos. La calzada cercana al canal está destinada para la gente de a pie. De las

portezuelas de los coches se ven asomar hermosísimas jóvenes, con su cabeza descubierta y con elegantes trajes; y entre los de a pie se distinguen, en medio de los rostros cobrizos de la plebe, algunas mujeres que llaman *chinas*, dignas de retratarse por la belleza de sus rostros, por lo airoso de sus cuerpos y por la singular elegancia de su traje, exclusivamente mexicano. El canal está surcado constantemente por canoas y chalupas llenas de populacho y de soldados que forman su baile en el estrechísimo lugar que dejan libre los paseadores, que van y vienen en las embarcaciones. Tanto las mujeres como los hombres regresan con una corona de rosas y amapolas en la cabeza, que no se la quitan hasta llegar a su casa, como testimonio irrefragable de que han paseado en Santa Anita.

A la oración de la noche me retiré en compañía de mi amigo, enajenado con el variado y magnífico panorama que había visto, y que da una grandeza de la capital de la república mexicana.

Pocos días después, en una fresca y hermosa mañana de mayo, repetí mi paseo embarcándome en una canoa y dirigiéndome a los pueblecillos de Santa Anita e Iztacalco, situados a poco menos de una legua de la garita, y sobre la orilla del canal.

En verdad, no presentan nada de agradable unas habitaciones construidas con carrizos y techadas de zacate, pero la situación en que están colocadas, por decirlo así, en

una especie de islas, les da cierto aire de rusticidad que trae a la memoria los tiempos anteriores a la Conquista. Parece que los pueblos de Santa Anita e Iztacalco no son muy antiguos, pero sí son celebrados por los viajeros a causa de unos camellones de tierra, formados sobre un tejido de juncos o cañas, que colocados en el agua pueden moverse tirándolos con unos cables. Estos camellones están llenos de rosas, de amapolas, de azucenas y de multitud de flores, las más variadas y aromáticas. En un extremo de este terreno está construida una casita rústica donde vive el indio propietario con su familia, y cuando tiene necesidad o deseos, jardín, casa y flores son llevados a otro sitio. A esto llaman en México chinampas o, los extranjeros, jardines flotantes. En verdad que nada es más poético ni más pintoresco que estos lugares. La vista se cansa al ver los vivísimos colores de tanta flor, que forman una rica y variada alfombra, tendida al parecer en el verde césped de estas islas.

Los indios de estos pueblos se mantienen del comercio de flores y legumbres, que hacen con la capital. En los meses de primavera este comercio es activísimo y, según informes, desde el viernes de Dolores hasta la Pascua se consumen en la capital sobre 10 o 12 000 pesos de flores. Todas las mañanas el canal se halla cubierto de canoas y chalupas llenas de fruta, legumbres y de flores. Las chalupas, sobre todo, son pintorescas; su hechura es singular y se semejan, en pequeño, a las que usan los indios en los mares de

Californias: largas y sumamente angostas, se necesita guardar un perfecto equilibrio. Las indias las manejan con una admirable destreza, y sentadas en la popa les dan impulso con una pequeña pala, y las hacen deslizar con increíble rapidez.

Los indios de estos pueblos son de muy buen carácter, y cualquiera que va a pasear halla en sus pobres chozas la más perfecta hospitalidad. Le ofrecen tortillas, chile, pulque, y muchas veces rehúsan obstinadamente recibir ninguna recompensa. Son sobrios, pues se mantienen con chile y tortillas, y se entregan con menos exceso a la bebida que los indios que viven en las montañas cercanas a la capital. Las mujeres tejen de lana sus vestidos, que se componen de un lienzo azul con rayas rojas o blancas, enredado en la cintura y que sólo les baja a las rodillas, y de una especie de gabán que se encajan por la cabeza. Los hombres visten un corto calzón de gamuza, camisa de manta, sombrero tendido de petate y una frazada que jamás abandonan. Son, como queda dicho, propietarios de un pequeño espacio de terreno y de una canoa, y cuando vienen a la ciudad, traen consigo a sus mujeres, parientes e hijos, y regresan por la noche a ocupar su pobre cabaña. Como todos los indios, conservan sus restos de superstición, pero no son ni dañinos ni mal intencionados.

Varias ocasiones he repetido mi paseo a estos sitios, y siempre ha quedado satisfecha mi alma con la tranquilidad y hermosura de estas escenas.

El Bibliotecario